



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

UNA MAÑANA CUALQUIERA

María del Rosario Díaz Almeida



DIPLOMA 2016

UNA MAÑANA CUALQUIERA

UNA MAÑANA CUALQUIERA

Hoy fui la primera en llegar a la oficina, así que saco la tarjeta para abrir la puerta acercando el circulito blanco a la cerradura. Ya nos hemos acostumbrado pero hace veinte años, cuando empecé a trabajar, la vida universitaria que yo conocí se abría con llaves, a la vieja usanza. Aún recuerdo a Isidoro, el inefable conserje, primero de Alfonso XIII y luego de Murga, y el tintineo del manajo de llaves que colgaba de su cinto, y que abría edificios y despachos, patios de luz y registros de agua. Hoy las puertas se abren con dispositivos de proximidad. La que antes tenías con el guardián de las llaves al que dabas los buenos días, ahora la tienes con un lector electrónico al que no puedes saludar, no al menos sin arriesgarte a que te encierren. Esto fue lo primero que llamó mi atención al conocer el nuevo edificio de San Roque, las cerraduras no tenían donde meter la llave. Ahora se ven más, pero cuando estrenamos el edificio fue una novedad que las puertas se abrieran con un dispositivo de proximidad, claro que no sabíamos que se llamara así, simplemente era el *totufo* o *chirimbolo blanco*.

Todo era nuevo entonces y, como en una especie de Macondo administrativo, algunas cosas aún no tenían nombre. El propio edificio era tan nuevo que así fue como lo llamamos: Nuevo Edificio de los Servicios Administrativos. Luego, siguiendo una tendencia que casi asusta por cuanto reduce a la mínima expresión la máxima expresión del ser humano que es la palabra, por esa tendencia decía, y, ¡cómo no!, por una mera cuestión práctica, el Nuevo Edificio de los Servicios Administrativos se llamó NESA, aunque hace poco he sabido que empiezan a llamarlo ESA por mor de que tras cinco años ya no se le puede considerar nuevo. Eso me ha dado una idea bastante clara de por qué en un momento dado, como respondiendo a un acuerdo tácito, de repente todo el mundo ha empezado a llamarme señora, y es que la vida va muy rápida y todo cambia. De hecho, el *totufo blanco* también ha pasado a mejor vida y ahora basta con aproximar la tarjetita al lector para que se te abran las puertas y eso es lo que hago.

Acerco la tarjeta a la cerradura, y como un semáforo bien programado, una lucecita verde me indica que ya puedo abrir y entrar, otra cosa es que me decida a hacerlo. El imprescindible acto de respirar a veces se ve inhibido por el olor que se respira en la oficina, por eso me lo pienso dos veces antes de avanzar. La culpa la tiene la depuradora de El Secadero. En los días malos el olor que

desprende se asienta en la oficina y no sabes si abrir las ventanas para ventilar o cerrarlas todas para que no siga entrando. Ninguna opción es buena, hagas lo que hagas terminas respirando lo justo, intentando no pensar lo que estás inhalando. Afortunadamente, la depuradora, el viento o lo que sea que trae el problema, hoy se está portando bien, así que entro y aún sin soltar el bolso y camino de mi mesa, me dedico a encender todo lo *encendible*: la luz, el ordenador del teléfono y su impresora, el ordenador de accesos, la impresora grande, mi ordenador y mi impresora y, por último, subo persianas y abro ventanas.

Todavía está oscuro afuera y apenas se distingue nada, pero sé que en cuanto me descuide el panorama cambiará totalmente. Los reflejos del sol naciendo donde el Guiniguada confluye con el mar, desvelarán un paisaje de plataneras y casas de colores adornando los riscos de los barrios altos de la ciudad. Cuando llego temprano disfruto el espectáculo de la primera luz del día cincelandó el paisaje para luego bañarlo en una gama de rojizos, dorados y amarillos, antes de clarear por completo y dejar un cielo azul contra el que aún destacan más los colores de las casas.

Lo mejor de mi oficina son las vistas. Los días de invierno se ve desde la cristalera el avance de la neblina por el barranco y las cortinas de agua empapándolo todo. Algunos días se da un fenómeno curioso, por las ventanas que dan al barrio de San Juan el sol deslumbra tras los cristales y el verde de la ladera luce brillante, y por las que dan al barranco caen esas cortinas de agua como visillos que tamizan la luz del paisaje y que me hacen desviar la vista de las tongas de papeles y salir al pasillo, en busca de un arco iris que nunca me defrauda. Otros días, los alegres colores de las casas desaparecen bajo un aplastante siroco. Quizá la tierra afecte a la percepción del tiempo, porque esas mañanas transcurren lentas y en marrón, entre papeles, estornudos y miradas al reloj.

Aunque desde mi mesa tengo más vistas de asfalto que de barranco, con sol, con lluvia o con calima, para mí será siempre el barranco de Guiniguada; no la Carretera del Centro. Evocar su nombre me acerca a la necesaria Naturaleza y al sosiego de antaño que hoy parece imposible recuperar.

Cuando se habla de vida universitaria, uno se imagina un campus de amplias zonas verdes y grupos de jóvenes desperdigados en el césped intercambiando camaradería, apuntes y tentempiés, pero no es ese mi día a día. Al principio, cuando trabajaba en el Registro tenía más relación con los estudiantes y con un amplio abanico de público. Había madres coraje que acompañaban a sus hijos

en busca de una plaza en la carrera de su vida y rostros entre ojerosos y aliviados que venían a registrar tesis doctorales de títulos imposibles. Ahora, al trabajar en un departamento que nada tiene que ver con la gestión académica, apenas tengo contacto con los alumnos, la sal de la Universidad, el motor por el que todo este engranaje tiene sentido.

Mi trabajo actual apenas difiere del de cualquier otra administración pública, no tiene esa cualidad del mundo universitario que tanto me atraía cuando preparé las oposiciones. Mi relación con los estudiantes se reduce a comprobar, en el ordenador, que la foto que aportan para la expedición de su carné universitario reúne los requisitos necesarios. Cuando yo misma era estudiante y aun durante mis primeros quince años como personal de la Universidad, una foto identificativa de tamaño carné para el carné de estudiante, era sólo eso: una foto identificativa de tamaño carné para el carné de estudiante. El concepto estaba claro, no había lugar a dudas y la foto que aportaban los alumnos permitía identificarles y encajaba perfectamente en el recuadro asignado a la foto. Era así hasta hace relativamente poco, hasta que llegaron los *smartphone*, y junto con ellos la posibilidad de subir la foto a la web en lugar de pegarla en un papel con un recuadro. A mí misma, al recordarlo, me parece estar remontándome a la prehistoria, cuando una despertaba en la caverna y el dinosaurio aún estaba allí.

Actualmente, el concepto *tamaño carné* ha quedado obsoleto. Ya no hablamos del tamaño de la foto, sino del peso de la imagen, y en cuanto al concepto *identificativa* se ha ido definitivamente al garete. Es lo único que explica que recibamos fotos de jóvenes soplando las velas de una tarta de cumpleaños rodeados de amigos o luciendo unas modernas gafas de sol en la playa o posando al volante de su coche. También destaca una cierta tendencia a confundir lo que viene a ser una foto identificativa con lo que sería el perfil de usuario de una red social cualquiera; eso explicaría que nos envíen directamente la foto del coche, sin nadie dentro. El top ten en el apartado *perfil más original* lo encabezaban, hasta hace poco, las fotos de buceadores con su traje de neopreno, gafas, bombonas y mascarilla incluidas, lo que hacía que identificarlos con el titular del carné se convirtiera en un verdadero acto de fe. Sin embargo, pasaron a la historia el día que recibimos la surrealista foto de una cabra riendo a mandíbula batiente y luciendo una espectacular ortodoncia en los dientes. ¿Son o no los estudiantes la sal de la Universidad? Estas anécdotas sólo evidencian lo rápido que se incorporan los cambios que experimenta la sociedad en la vida universitaria y aunque algún alarmista se sienta tentado a tirar del manido *la juventud está perdida*, lo cierto es que con frecuencia nuestros

estudiantes aparecen en la prensa recibiendo premios internacionales por aportar soluciones innovadoras en las más variadas materias, y eso es un claro motivo de orgullo... y de tranquilidad.

También se nota el paso del tiempo en la cantidad de compañeros que he visto jubilarse, y en los otros muchos, demasiados, que no llegaron a ese supuesto oasis del que todo el mundo habla; se fueron demasiado pronto. Los días que nos enteramos de alguna de esas partidas prematuras se respira en el ambiente el impacto y la tristeza por la muerte de un compañero. Esos días la vuelta a casa arrastra cierta sensación de derrota, pero también la promesa renovada de no postergar una felicidad que se escurre entre los resquicios de la rutina diaria.

El trayecto a mi trabajo me hace pasar a diario por la Sede Institucional. El azar, supongo, ha hecho que el Rectorado comparta calle con la Obra Social de Acogida y Desarrollo. Ambas se alojan, apenas separadas por unos metros, en la calle Juan de Quesada que transcurre paralela al barranco. Se trata de una calle estrecha, de una única acera por la que transitan, casi hombro con hombro, los catedráticos universitarios de reconocido prestigio que acuden al Rectorado y los doctores honoris causa en quién sabe qué avatares de la vida, que aloja la Obra Social, sin más reconocimiento que el que alcancen a recibir de la solidaridad de la sociedad. Los carritos de supermercado, repletos de esa solidaridad también comparten asfalto con los coches de las autoridades que acuden a la Sede. A base de transitar esta calle, he conocido a un empleado de la Obra que trabaja con estos hombres, algunos ya ancianos, otros aún con mucha vida por delante y pocas posibilidades. Su trabajo no tiene prestigio ni es reconocido salvo por el cariño y gratitud que le muestran, cuando cada día adelanta su hora de entrada al trabajo para compartir con ellos el café de la mañana. Me contaba que ese café compartido es a veces el único contacto de afecto y escucha que reciben en medio de su soledad, también me decía que, aunque no lo parezca, él recibe más de estas personas de lo que es capaz de ofrecerles.

A menudo, la estrecha acera se ve desbordada por expediciones de universitarios africanos, europeos o asiáticos que vienen a intercambiar experiencias con nuestra Universidad. Sus miradas despiertas observándolo todo contrastan con la mirada perdida y abotargada, quizá por la medicación, quizá por cierto retraso intelectual o por los embates de la vida o por una mezcla de todo lo anterior, de los residentes en la Obra.

Cuando hay jornada de puertas abiertas en la Universidad, son los jóvenes en el último año de instituto los que, mochila al hombro, se unen por un día al trasiego habitual de la calle, que a veces se me antoja una alegoría de los ríos que, como dijo el poeta, van a dar a la mar.

Algunos días para ir al desayuno evito Juan de Quesada y bajo por las calles traseras, las que desembocan en la plazoleta del Espíritu Santo sólo por disfrutar la melodía del agua clara de su fuente, el olor a tierra mojada de sus minúsculos parterres y el exótico aroma de sus plantas, que me recuerdan al curry. Las palomas bebiendo de la fuente y el grupito de señoras practicando un fluido taichí componen la antesala a la explosión de vida de Santa Ana. En la plaza los grupos de guiris pertrechados con mapas, cascos y rodilleras, dispuestos a recorrer el casco antiguo en bicicleta, se confunden con un grupo de curas ataviados con sotana recién salidos del Obispado y con otro grupo de guiris que escuchan atentos la descripción que hace su guía de las campanas de la Catedral, que juguetonas empiezan a repicar. A ellos se suman a menudo las actividades extraescolares de algunos colegios y, entonces, la plaza se convierte en un improvisado estudio de dibujo y aquí y allá alumnos concentrados, lápiz en ristre, toman en la distancia las medidas de la Catedral para trasladarlas a un bloc que se sostiene, precario, en sus rodillas. Pero cuando de verdad está animada la plaza es cuando concurren en ella el recreo de varios colegios de la zona. Esos días, entre la algarabía de los chiquillos gritando y corriendo de un lado a otro y el revoloteo de las palomas, me ha parecido ver a alguno de los perros de Santa Ana mover el rabo de puro contento.

A veces me pregunto cuántos de estos chavales, cuando se les acabe el recreo de su vida, subirán Juan de Quesada para acceder a la vida universitaria, y cuántos se quedarán atrás, alojados en la Obra Social como asilados de la universidad de la vida. Me pregunto también si lograremos tender puentes que acorten distancias antes de que el Guinguada, indefectiblemente, nos lleve a dar a la mar.